

Dejando Que Dios Descubra Nuestras Necesidades

Textos Base: Juan 4:1-42

Por: Vicente Cammarano

Propósito: Que los asistentes y lectores comprendan que sólo Dios puede ir descubriendo en nosotros nuestras verdaderas necesidades y presentarse el mismo como el único capaz de suplirla.

Versículos Clave: Juan 4:10

RVA: "Respondió Jesús y le dijo: — Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: "Dame de beber", tú le hubieras pedido a él, y él te habría dado agua viva."

Introducción:

Una de las cosas que debemos reconocer, es que en nuestras vidas existe una creciente necesidad de Dios. Cada mañana, cada atardecer o en cada momento, nuestras vidas presentan la necesidad legítima de la presencia de Dios. Sólo que muchas veces nos escondemos detrás de muchas excusas, para no revelar nuestra condición actual.

Ahora bien, si esto sucede en la vida de nosotros los creyentes en Cristo, mucho más necesidad de Dios hay entre aquellos que no se han encontrado con Él, que no lo conocen y mucho menos que no son sus seguidores.

El mundo en todo su esplendor presenta una necesidad de Dios. Hacen y deshacen por ocultar la urgente necesidad que tienen de Dios. Porque definitivamente todos disimulamos muy bien esta urgente necesidad.

Es por ello que hoy reflexionaremos sobre un pasaje ubicado en Juan 4:1-42, y que a las primeras lecturas que uno hace, suele ser hasta "irrisorio" por el desarrollo del parlamento usado por las partes.

Lo cierto es que muchas veces nosotros creemos que debemos ir ante Jesús en condiciones casi perfectas para que Él atienda nuestras necesidades, pero resulta que, en el día de hoy veremos como una mujer fue ante Él y presentó una discusión donde no detallaba su urgente necesidad, sino que por el contrario, en alguna ocasión omitió una realidad de su vida, mas sin embargo, Jesús de una manera especial, misericordiosa y muy firme fue directo a ella.

En fin, lo que me propongo hoy, es a desafiarlos a que se quiten de encima toda esa parafernalia o caretas religiosas y antirreligiosas, que buscan ocultar lo que

es una urgente necesidad en nosotros los hombres de este planeta, y esta es la necesidad de Dios. De tal manera que vayamos ante Él como la fuente de nuestra vida y aprendamos cada día a vivir en el fluir de su vida y no en las nuestras, con nuestros deseos, anhelos y querencias temporales.

I. En primer lugar, muchas veces nos encontramos con Jesús, pero ignoramos la necesidad que tenemos de Él.

El evangelio de Juan, que a diferencia de los evangelios sinópticos, trae este encuentro entre Jesús y una mujer de Samaria. Sin duda que como Juan escribe en todo su evangelio para hablar del amor de Dios y de su vida eterna, pues de forma especial trata el asunto y nos lo dejó escrito de esta manera con toda intensidad.

Observamos por el comienzo del texto, que Jesús pasa por ese lugar de forma intencional, lo que nos hace entender una de las características de la divinidad en la persona de Jesús. No hay un evento y una circunstancia a la que para Jesús sea una sorpresa. Para Dios no hay sorpresa en los hombres. Basta ya de pensar en que nuestro Dios está sorprendido con lo que hacemos o haremos, con lo que decimos o diremos, ¡no!, basta ya de ser tan niños en este pensamiento. Cada cosa que sucedería, o por donde debía pasar en Jesús, Él la conocía, y este es uno de tantos ejemplos.

Cierto es, que la manera como se presenta el parlamento de este encuentro, pareciera absurdo. Es más la mujer hace una serie de respuestas que rayan en la exposición de su ignorancia, sin embargo, maravillosamente Jesús no se detiene en ello sino que con paciencia va tratando todos los temas que ella quiso tratar con Él.

Sin duda que, en este caso, esta mujer no conocía nada acerca de Jesús, pero muy a pesar que los rabinos tenía prohibido hablar con una mujer a solas porque supuestamente los desconcentraba en el estudio de la Torah, pues ella en vez de caer de rodillas delante de Él, lo desafía en una discusión en la que pretende resaltar su conocimiento pero en realidad expone su mayor grado de ignorancia.

Ahora bien, para Jesús no hay problemas, nosotros podemos ir ante Él y presentar nuestras tontas reflexiones, ignorando como este mujer de Samaria nuestra auténtica y legítima necesidad de Dios, pero tarde o temprano Él nos revelará nuestra condición y saciará nuestra sed de Él.

La ignorancia expresada en argumentos que no son verdad es parte muchas veces de nuestros encuentros con Dios.

II. En segundo lugar, muchas veces nos encontramos con Jesús, pero creemos que nuestra necesidad no pasa de ser una cubeta.

Nosotros los hombres estamos tan limitados en nuestra percepción de las cosas, que muchas veces, o mejor dicho, la mayoría de las veces, sólo estamos pensando en nuestras necesidades inmediatas, pero resulta que la invitación divina es: Dejarnos de esta vida con sus anhelos y querencias temporales y poner nuestra mirada y concentración en las cosas eternas.

Lo mismo sucedió con esta mujer de Samaria. En su conversación con Jesús, ella planteó en su miopía espiritual, el asunto que Jesús no tenía una cubeta o un tobo para sacar el agua (11), por lo que de esa manera era imposible que Él pudiera suplirle lo que para ella era su necesidad. Pero no conforme con ello, narra el versículo 15, que la mujer pareciera mostrar su convencimiento sobre lo que Jesús le ofrece, pero una vez más ella insiste en creer que Jesús le estaba proponiendo algo en el cual ella ya no volvería a venir otro día al pozo para buscar agua. ¡Qué gran error!

Pero observamos, que ver tan cortamente, o pensar en nuestra necesidad inmediata y temporal, tampoco es excusa para que Jesús abandone el encuentro que tiene con nosotros. Podemos ir y dejar ir a las gentes al encuentro con Jesús y que presenten sus necesidades temporales, al fin y al cabo, mas temprano que tarde Él, así como lo hizo con esta samaritana, descubrirá en nosotros la urgente y legítima necesidad que tenemos de Dios, y nos hará ver que lo temporal quedará lejos porque nos colocará nuestra mirada y pensamiento en Él.

III. En tercer lugar, muchas veces nos encontramos con Jesús, pero pretendemos omitir nuestra realidad actual.

Una de las cosas que más le gusta a nuestro Dios, es la confesión de nuestra realidad ante Él. Dios quiere, no que nosotros andemos confesándonos con la gente, ni tampoco como por años ha pretendido la iglesia enseñar, en que sus miembros sean llevados al patíbulo para expresar allí sus confesiones, o para revelarles allí delante de todo el mundo su condición, ¡no!, eso no es así. Es más, el día que alguien meta preso a otro por haberlo acusado públicamente o haberlo manipulado religiosamente para que exponga su realidad, las congregaciones cristiano evangélicas van a cambiar en gran manera.

Pero cuando se trata de tú y Dios, de nosotros y Dios, Él desea la declaración de nuestra realidad. Sino observemos como poco a poco, en la conversación que Jesús tiene con esta mujer de Samaria, Él hace un giro sobre el tema que viene tratando y le pide que vaya, busque a su marido y que vuelva. Inmediatamente ella hace una confesión, pero de forma intencional omite su condición actual.

Pero como la intimidad ha llegado a través de la conversación y la mujer ya se le habían tumbado toda su ignorancia, su limitada visión y sobre todo, su prepotencia y para colmo ya rayaba en lo obtusa. Pero Jesús, como sólo Él lo sabe hacer, va directo a descubrirle su condición actual. ¿Saben algo? Sin salirnos del tema, quiero decirles que a las mujeres judías, en los tiempos de Jesús, se les permitía tener hasta tres maridos. Más de allí era estar fuera de la ley. Por lo que Jesús destaca lo de cinco maridos en esta mujer samaritana. Pero no conforme con la descripción limitada que da la mujer, Jesús le hace ver que esa no es toda la verdad y le diagnostica una relación no de esposa con un hombre al que nunca conocemos, ni del que sabemos que haría con él luego de este encuentro con Jesús.

En fin, lo que necesitamos hacer cuando nos encontramos con Jesús, es hablar con Él nuestra realidad sin ocultar nada, pero si llegáramos a ocultarle algo, eso tampoco será motivo para que Él abandone el encuentro, más temprano que tarde, Él nos revelará nuestra condición.

Por otra parte, debo confesarles que cuando leo la respuesta de esta mujer en el versículo 19, sigo notando algo de soberbia o una habilidad para no mostrar en medio de la conversación la vergüenza de su actual condición, pero tampoco esto hace que Jesús abandone el encuentro. Esto porque Jesús sabe que en el corazón, o mejor dicho en el interior de esta mujer, Él está haciendo el trabajo que pronto se verá reflejado en los sucesos posteriores.

IV. En cuarto lugar, muchas veces nos encontramos con Jesús, pero nuestro prejuicio pretende interponerse ante nuestra necesidad.

Sin duda que esta mujer de Samaria se las trae en su conversación. Ya ha sido descubierta en cada una de sus situaciones, pero ella insiste ahora en tratar el asunto del lugar de adoración, con todos sus prejuicios que tenía con relación a los judíos y allí Jesús, una vez más, se va directo para desarmarla.

Recordemos que los samaritanos sólo gozaban del Pentateuco, o sea de los cinco libros escritos o atribuidos a Moisés, por lo que no tenían los restantes libros que

hoy conforman nuestro Viejo Testamento, así que su adoración estaba representada por lo que decían esos libros, especialmente Deuteronomio.

En este punto de la conversación, como ya señalamos, la mujer saca a relucir el prejuicio del lugar, pero Jesús aprovecha el tema para aclarar que el problema no es ni será el sitio sino la condición de un Espíritu Santo dentro de la vida del creyente como la máxima manifestación inequívoca de adoración auténtica.

Saben, hoy en día mucha gente cree conocer a Dios, y cuando en verdad Él se les presenta, muchas veces no lo pueden creer, porque sus prejuicios no se los permite ver. Y no crean, que es mucha gente de los de afuera, sino gente que está dentro de las congregaciones, gente que está ministrando y sirviendo en comunidades de gracia, que muchas veces se opone a la apertura de nuevas realidades divinas y pretende vivir de lo que únicamente aprendió en años anteriores, no permitiendo que la revelación divina, sin caer en fantasías humana, vaya mostrándose ante Él. Son como aquellos hombres que presos y acostumbrados a la cueva, no quiere salir de allí. Tiene prejuicios que le impiden ver al Dios que se les revela, porque consideran que Dios no puede mostrarse así, sino según el formato que ya tiene preconcebido de Él. ¡Qué error tan grande el de encasillar a Dios!

Pero les digo, que si acudimos al encuentro con Jesús con nuestros prejuicios eso tampoco hará que Él abandone el encuentro. Mas temprano que tarde el eliminará cada prejuicio que hayamos tenido y nos revelará nuestra verdadera necesidad y la suplirá hasta el final como fuente inagotable.

V. En quinto lugar, descubiertas por Dios nuestras necesidades, permiten que otros puedan creer en Él por nuestro testimonio.

No ha sido un trabajo fácil para Jesús el dar con la necesidad de esta mujer de Samaria. Se necesita vencer cada uno de los obstáculos que ella puso, pero el resultado lo vemos en los versos 39 al 42. Son resultados asombrosos, pues lo que Jesús nunca había revelado a judío alguno, que era el Mesías, el Cristo esperado, nada más y nada menos que por gracia se los revela a los rechazados por el pueblo judío, o sea, los samaritanos, empezando por una mujer de mala reputación social, y para más no poder se queda con ellos por dos días. Aparte de ello, vemos el resultado también, en la cantidad de habitantes que creyeron, gracias a la paciencia y sabiduría de Jesús al decantar poco a poco la verdadera necesidad que tenía esta mujer, la cual no era otra que la urgencia de atender lo espiritual y no lo carnal o temporal.

La expresión más destacada que narra los resultados de este encuentro entre una marginada social y el Salvador está en que ya no creen por el oír sino porque también experimentaron lo que esta mujer experimentó cuando conversaba con Jesús, narrada en el versículo 42 "Ya no creemos sólo por lo que tú dijiste - le decían a la mujer -; ahora lo hemos oído nosotros mismos, y sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo."

Este es el final majestuoso que se proponía Jesús al pasar por Samaria. Un lugar para declarar su mesianismo, un lugar para enseñarnos su paciencia para con nuestras tontas y torpes conversaciones con Él y un lugar donde muchos creyeron en Él y donde se vencieron los prejuicios sociales entre judíos y samaritanos y aceptó la declaración hecha por ellos al llamarlo el Salvador del mundo.

Conclusión:

Vayamos al encuentro con Jesús de la manera que queramos, no nos paremos en nuestra actual condición, la condición no será obstáculo para que Jesús abandone el encuentro, poco a poco Él irá descubriendo nuestra verdadera necesidad.

Dejemos que sea Dios quien descubra nuestra necesidad de Él y vayamos corriendo hacia Él para que con su agua de vida eterna nos sacie para siempre, y al mismo tiempo fluya como manantial para que llegue hasta los otros que aún no le conocen.

¡Dios les bendiga!